

## Corazón al Oeste

Esos días previos al verano, la calle ya no era la misma. Desde cualquier ángulo: la ruta, el hospital, la plaza principal se veían los banderines, las guirnaldas y los vendedores ambulantes que se agolpaban sobre las veredas, manteniendo un orden y un colorido apenas perceptible en la Juan B. Bianchi. Sobre mostradores improvisados se veían pulseras, anillos, ropa, boinas, cinturones de cueros, cuchillos, bombachas de campo, muñequitas de plástico y otras cosas necesariamente innecesarias.

Como para que Susi no tirara la pollera de su mamá y entre berrinches dijera: \_ Quiero esa muñeca!. Siempre me pregunté de dónde sacaban dinero para comprar todo y cada una de las cosas que esos mercaderes llegados desde distintos pueblos ofrecían. Muchos pampeanos no sabían dónde quedaba el pueblo y sin embargo los vendedores aparecían como hormigas. Durante días, las camionetas aparecían y se agrupaban en la ruta, en la calle Sarmiento, en la Belgrano o en aquellas que aún no habían sido nombradas. Parientes que esperaban a sus parientes. Amigos que recibían a los suyos. Conocidos de conocidos. Curiosos por saber qué era esa fiesta que empezaba a nombrarse con voz propia.

El invitado de lujo se hizo presente como siempre. El viento. Viento del sur, del este, viento del norte. Ese año solamente no sopló del oeste y lo apreciamos porque los cardos pasaban hacia la 143 tan rápido que no pudimos alcanzarlos.

El grupo de siempre se reunió en el galponcito de Mirta para trabajar en la carroza. El carro, los papeles para las letras, fardos de pasto y hasta un chivito que no sería parte de la comida por ahora, estaban listos para ser usados. Era un buen momento para visibilizar la lucha. Resultaba difícil incorporar el tema del Atuel y ante tanta gente era el momento. Los más chicos, nuestros hijos, irían vestidos de azul para representar el agua, repartiríamos la letra de la zamba del Río Robado y pondríamos imágenes de peces muertos. ...”Qué difícil resulta representar la pérdida del río”... dijo Lore en voz alta. Pero el comentario nos hizo sonreír porque comprendimos que íbamos por buen camino. Por lo menos, hablarían de nuestra carroza y la leyenda “El Río Atuel también es Pampeano” sería leído por todos los ojos presentes en el desfile.

La noche del viernes, la cita era en el club Juventud Unida, donde estaba todo el pueblo, la mitad de Algarrobo del Águila, algunos pocos de La Humada y como siempre muchos mendocinos. El grupo de danzas folklóricas municipales presentaba, estrenando vestuario sus mejores bailes. Hasta las cinco de la mañana escuchamos tonadas y música campera. Al frío que no se quería ir, se lo enfrentaba con bailes y palmas. Y esa primera noche, lo habíamos logrado.

El desfile del sábado a la tarde fue un éxito. El paisano a caballo pidió permiso al intendente y a las autoridades ubicadas en el palco. Concedido el mismo, comenzaron a transitar: la Virgen trasladada en una camioneta con las chicas de la Iglesia Santa Isabel de Hungría. La seguían, en perfecto orden, los estudiantes secundarios, el equipo reciente de hockey, las distintas categorías de fútbol, los pequeños del jardín que eran atentamente observados por sus familias. Nuestra carroza fue la tercera. Para finalizar, cuando ya asomaban las primeras estrellas, pasaban los caballos. Los niños y niñas ataviados con sus alpargatas, bombachas de campo, boinas y pañuelos al cuello eran los más aplaudidos. Los fotógrafos contratados, corrían entre los animales para no perder ningún rostro infantil.

Al finalizar el desfile, la muchedumbre se trasladaba al club donde continuaba la noche folklórica, con los mejores y no tan económicos músicos populares. Estaba

prohibido cansarse, porque aún faltaba la doma del domingo, en la que, entre vasos de cervezas, choris, tierra y los caballos, el día transcurría entre música, risas y gritos.

Durante años, el domingo era la última noche de festejos con el baile popular. Cada pareja recorría el salón del club durante horas y en sentido horario bailando lo que la orquesta tenía en su repertorio: pasodobles, chamamés, cumbias, quarteto. Las familias se acomodaban en las mesas mientras los chicos dormían en las sillas transformadas en cómodas camas. Después del tercer baile, el vino ya no estaba tan frío y a mitad de la noche, los vasos vacíos y algunos restos de empanadas permanecerían en las mesas hasta el otro día, cuando los organizadores concurrieran a limpiar.

Durante años asistí a las fiestas del chivo en esa sociedad en la que no éramos muchos pampeanos, aunque nos necesitaban. Nos necesitaban?-me pregunto a la distancia.

Apenas se conocía el nombre del pueblo, menos aún sus problemáticas. Personas humildes, trabajadoras, chiveros, callados, sumisos, gente golpeada por las inclemencias del clima, mujeres arrugadas y pequeñas, descendientes de pueblos originarios, tejedoras, hombres y mujeres obstinados.

Los silencios del paisaje, el bullicio del viento permanente, el perfume de los chañares y las jarillas, los atardeceres eternos, el ardiente verano, las espinas del piquillín durante esos días de festejo se transformaban simplemente en magia. No correspondían las diferencias sociales, los colores de la ropa, las alpargatas o los tacos, mientras la gente observara la exposición de los chivitos.

La fiesta fue cambiando con el paso del tiempo. Nosotros también; aunque permanece intacto el deseo de reconocer el trabajo de los puesteros y puesteras. Una región que aún lucha por sus ríos y por mantener su esencia.

Esa soledad que a veces es real y otras ficticia, en la Fiesta Provincial del Chivito desaparece, para volverse Comunidad. Con nombre de Santa y de Mujer, no dejen de visitar esta localidad en el oeste pampeano. Los acercará a la vida, a las ausencias, a las distancias, al desarraigo, a la lucha, a los olores y a los colores de los cielos infinitos de La Pampa.

Ya no serán las mismas personas, serán TODOS.

FIN